

vio de hierro, plomo y fuego que sobre nosotros han lanzado nuestros propios hermanos. Creemos que todos los bilbianos se asociarán con entusiasmo á nuestra idea tributando fervoroso culto á la *Virgen de la Salve.*»

¡Con razon he calificado esta carta de triste y consoladora: si entristece la barbarie y la indiferencia de los que derriban el monumento de los recuerdos, consuela la cultura y la fe de los que se proponen restaurarle y embellecerle!

XXII.

LOS CANTOS INFANTILES.

El sol iba ya descendiendo sobre el lejano valle de Somorrostro y sus rayos no reverberaban ya en las saladas ondas que movieron á cantar á un *coblari* de las orillas del Ibaizabal :

Dos veces al día sube
por Olabeaga la mar
á echar á las bilbaínas
dos puñaditos de sal.

Francisco y yo continuamos hácia Deusto y poco á poco dimos vista á la plaza de la anteiglesia que solia ser el límite de nuestro paseo por aquella parte. La casa consistorial y las escuelas están al Mediodía de la plaza y la iglesia al Norte. Una porcion de niñas que acababan de salir de la escuela estaban cantando y jugando á la rueda delante de la casa consistorial. Estos cantos infantiles me han enamorado siempre mucho. Tanto por esto, co-

mo por ver si podia sustituir en Madrid las majaderías y áun obscenidades que las niñeras ponen en boca de los ángeles cuya salvaguardia se les ha confiado, he compuesto muchos cantos infantiles que áun cuando no enseñasen, no corrompiesen ; pero me he tomado un trabajo inútil porque algunas niñas que los han aprendido y han querido enseñárselos á sus compañeras y cantarlos, han tenido que desistir de su propósito ante la autoridad literaria de las niñeras que ha declarado muy superior á ellos, por ejemplo, aquel que empieza :

« Me casó mi madre
chiquita y bonita
con un muchachito
que yo no queria. »

y continúa narrando una serie de aventuras matrimoniales en que la querida desempeña el papel de juez, el marido el de verdugo y la esposa el de víctima.

Temeroso de que las niñas suspendieran sus cantares al acercarse á ellas un señor cura, y me privasen de la delicia que encontraba en oírlos, rogué á Francisco que en vez de atravesar la plaza fuésemos á sentarnos en el pórtico de la iglesia, desde donde las veríamos y oíríamos casi sin que ellas nos vieran, y así lo hicimos.

Terminaban las niñas un canto muy tierno y hermoso cuyo principio no habíamos oído, y yo esperaba con suma curiosidad el que le siguiese.

No tuve que esperar mucho, pues casi inmediatamente empezaron otro, cuyo tono era el de aquel que comienza :

« Á la cinta, cinta de oro..... »

y cuyo texto era este :

« Á la quinta, quinta hermosa
de una señora de bien
llega un lindo caballero
corriendo á todo correr.
Como el oro es su cabello,
como la nieve su tez,
como luceros sus ojos
y su voz como la miel.

—Que Dios os guarde, señora.

—Caballero, á vos tambien.

—Dadme un vasito de agua,
que vengo muerto de sed.

—Fresquita como la nieve,
caballero, os la daré,
que mis hijas la cogieron
á poco de amanecer.

—¿Son hermosas vuestras hijas?

—Como el sol de Dios las tres.

—¿Dónde están que no las veo?

—Cada cual en su quehacer,
que así deben estar siempre
las mujercitas de bien.

—Decidme cómo se llaman.

—La mayor se llama Ines,
la mediana Dorotea
y la pequeña Isabel.

—Decid á todas que salgan,
que las quiero conocer.

—La mediana y la pequeña
á la vista las teneis,
que por veros han dejado
de planchar y de coser.

La mayor, coloradita
se pone cuando la ven,
y se está en su cuarto cose
que cose y vuelta á coser.

—Lindas son las dos que veo,
lindas son como el clavel,
pero debe ser más linda

la que no se deja ver.

Que Dios os guarde, señora.

—Caballero, á vos tambien.»

Ya se marcha el caballero
corriendo á todo correr
y á todo correr se marchan
tres corazones tras él,
que Ines sin querer le ha visto
y le ha oido sin querer.

Á la quinta, quinta hermosa
de la señora de bien,
llegan siete caballeros
siete semanas despues.

—Señora, buena señora,
somos criados del rey,
que hoy hace siete semanas
vino aquí muerto de sed.

Tres hijas como tres rosas
nos han dicho que teneis;
venga, venga con nosotros
esa que se llama Ines,
esa que coloradita
se pone cuando la ven
y se está en su cuarto cose
que cose y vuelta á coser,
que en los palacios reales
va á casarse con el rey.»

Este canto infantil, que sin carecer de la sencillez de forma y la pureza de fondo que no deben faltar nunca en los cantos infantiles, tenía el sabor literario de nuestra poesía popular antigua; este canto nos produjo un efecto maravilloso, entonado por aquel coro de inocentes niñas aldeanas, que hasta en la frescura de su voz se diferencian de las que se crían en las grandes poblaciones sin aspirar el ambiente sano y vivificador de los campos.

Dispersáronse las niñas, y en diferentes grupos se dirigieron á las diferentes barriadas de la ante-iglesia. El grupo que se dirigia á Goyerri, que, como este nombre indica, es la poblacion alta, pasó por junto al pórtico, y viendo á un señor cura, corrió á besarle la mano.

— ¿Quién os ha enseñado ese cantar que habeis cantado el último? les pregunté.

— Nos le ha enseñado, me contestaron, Rosita la de Aurrecoechea, que sabe muchos.

— ¿Y quién se los ha enseñado á Rosita?

— Eso le hemos preguntado nosotras, y nos ha dicho que tiene un pajarito que se los enseña.

Francisco y yo nos echamos á reir, sin poderlo remediar, adivinando el pájaro que cantaba al oido de Rosita, y temerosos de que las niñas se resintieran de nuestra risa, creyendo que era á su costa, pues se ponian sonrosaditas al vernos reir, nos apresuramos á tranquilizarlas, dándoles cuartos para que compráran fruta á una mujer que la vendia al pié de un roble cercano, hácia donde echaron á correr dando gritos de alegría.

XXIII.

DESDE EL PÓRTICO Á LAS RUINAS.

— ¿Sabes, querido Francisco, dije sonriendo, que es una picardía la indiferencia con que miras mi gloria literaria?

— ¿Cómo que la miro con indiferencia?

— Sí; pues siendo tú el primero que ha encontrado

asunto para un buen libro desde Gorostiza á Aurrecoechea, y me ha aconsejado que vaya estudiándole, y le escriba, no me has puesto aún en relaciones con los de Aurrecoechea.

— Es verdad, pero léjos de ser eso indiferencia por tu gloria, es confianza en tu suficiencia para alcanzarla. Yo creia que vosotros los poetas y novelistas, que cuando se trata de otros teneis inventiva y recursos para enriquecer al más pobre, redimir al más cautivo, y hasta resucitar al más muerto, cuando se tratára de vosotros, no seriais tan pobres de recursos é inventiva como el hombre más vulgar.

— Pues lo somos, amigo Francisco; cuando se trata de nosotros no sabemos ahuyentar la pobreza ni romper las cadenas, ni dar un puntapié á la muerte. Nos sucede algo parecido á lo que dicen las *adivinatoras* que les sucede á ellas. ¿Recuerdas á aquella Mari-Anton, algo parienta mia, que solia ir por Santa Gadea, y nos divertia tanto por lo alegre, cantarina y dicharachera?

— Sí que la recuerdo, é ignoro que ha sido de ella.

— Vive aún, y se gana la vida *adivinando*.

— ¿Qué adivina?

— Todo lo que interesa á otros, nada de lo que le interesa á ella. Como supondrás, no dejé ántes de venir á Bilbao de dar una vuelta por Balmaseda, que tantos recuerdos de la niñez tiene para nosotros.

— Es verdad que allá nos escapábamos en cuanto teniamos cuatro cuartos, yo para gastarlos en una onza de cerilla, y tú para gastarlos en un par de coplas de ciego.

— Pues allí me encontré con Mari-Anton, que ya me habian dicho que vivia allí y se habia metido á adivinadora, oficio socorrido en una comarca donde no hay más que ella que le ejerza y donde hay tantas madres crédulas, sencillas y amorosas, que están siempre suspirando por saber del hijo que tienen en América. Mari-Anton vive principalmente de los dos reales ó la peseta que le da cada madre, despues que en su presencia ha echado las cartas, pronunciando ciertas misteriosas palabras, y ha concluido por decirle : « *El* tu hijo está bueno y pensando siempre en una mujer de por acá. » (A la pobre madre se le humedecen los ojos, dando por supuesto que la mujer en quien piensa su hijo es ella.) « Va á emprender un gran negocio, y si le sale bien, va á venir *millonero*. » (La pobre madre levanta al cielo los ojos más húmedos aún, y junta las manos pidiendo á Dios que ayude á su pobre hijo para que le salga bien el negocio que va á emprender.) « Y por último, sabrás que *el* tu hijo, como es tan guapo, ha tenido proporción de casarse con una señorita de América, muy guapa, muy rica, muy enamorada de él, y la ha despreciado, porque teniendo allí mujer y familia, ya no podría volver á España, hacer en su aldea un palacio, casarse allí, vivir allí con los suyos y ser enterrado donde le bautizaron. » (A la pobre madre la ciegan las lágrimas de alegría, y siente ánsia de volver á la aldea para ir á la iglesia á dar gracias á la Virgen de los Dolores por lo guapo y lo bueno que ha salido su pobre hijo.)

— Estos poetas, exclamó Francisco sonriendo y pasándose con disimulo la mano por los ojos, son el de-

montre para arrancar lágrimas de ternura y alegría.

— En la vida pública, sí ; en la vida privada, no tanto.

— ¿ Qué quieres decir con eso ?

— ¡ Que en la vida privada somos tan pobres de inventiva y recursos, que solemos arrancarlas de dolor en vez de arrancarlas de alegría y ternura ! Pero volvamos á Mari-Anton. Mari-Anton tiene tambien en América un hijo que no se cuida mucho de escribir á su madre, sin duda sabiendo que como mujer no es muy digna de su cariño, é ignorando que como madre lo es tanto como la mejor, y cuando supo que yo estaba en Balmaseda, fué á verme, y llorando al contarme que hacía mucho tiempo no sabía nada de su hijo, me suplicó que valiéndome de mis muchas relaciones en América hiciese por averiguar lo que habia sido de él. Prometile complacerla, y la pregunté :

— Pero diga V., Mari-Anton, ¿ cómo no sabe V. lo que le pasa á su hijo sabiendo lo que les pasa á los de todas las demas madres ? Y me contestó sonriendo tristemente : — « Es que las adivinadoras no tenemos virtud ninguna para adivinar lo nuestro. » Querido Francisco, á nosotros los poetas y novelistas nos sucede algo parecido á lo de las adivinadoras : como tú has dicho, y yo he confirmado, nosotros que, cuando se trata de extraños, tenemos inventiva y recurso para enriquecer al más pobre, redimir al más cautivo y hasta resucitar al más muerto, cuando se trata de nosotros no tenemos recurso ni inventiva para ahuyentar la pobreza, ni romper las cadenas, ni dar un puntapié á la muerte. Verdaderamente asombra que haya novelistas y dramaturgos, cuyo

ingenio en el libro y la escena haya encontrado remedio para todo, y en su casa no le haya encontrado para aliviar un poco las dolencias, el hambre y la intranquilidad de espíritu!

— ¿Y en qué consiste eso?

— No lo sé á punto fijo, pero sospecho que consista en que Dios ha querido que siquiera en esto se diferencie el ingenio humano del suyo.

— Sólo así comprendo que para conocer y tratar á la gente de Aurrecoechea no te haya ocurrido más medio que el de ser presentado por mí á ella cuando tenías el áun más eficaz de ser presentado por la gente de Gorostiza.

— Es la pura verdad.

— Pues ya que hemos descansado aquí, Aurrecoechea no está léjos, es deliciosa esta hora en que el sol se está desnudando detras de San Pedro y Santa Juliana de Abanto para acostarse, y la luna llena, vestida de oro y de grana, saldrá de detras del Gangüren así que el sol se haya acostado, vamos á tomar las escaleras de Capuchinos.

— Vamos.

Y echamos á andar.

La república ó anteiglesia de Deusto tiene por la banda del Sur el Ibaizabal, cuya márgen derecha ocupa la populosa y linda barriada de Olabeaga, y por la del Norte la domina el extremo occidental de la cordillera de Archanda, que allí toma el nombre de Bériz y Banderas. El caserío, que es numeroso y lucido, sube hasta la cumbre del monte, si bien conforme va subiendo va

disminuyendo en número y en riqueza. El de la parte baja se designa con el nombre general de Becoerri, y el de la alta con el de Goyerri, nombres que, como casi todos los vascongados, son tópicos, pues significan poblacion baja y poblacion alta. La *plaza*, como se llama en el país al barrio en que están la parroquia, la casa consistorial y las escuelas, corresponde ya al pié de la montaña. Á mitad de la altura de ésta, y encima de la iglesia de San Pedro, hace la vertiente un ancho escalon, que sirve de asiento á várias caserías, y lo sirvió tambien á un convento de frailes capuchinos, cuyas ruinas se descubren aún.

Este convento, cuyas paredes se conservaban casi enteras hace pocos años, tiene una historia muy curiosa, que yo averigüé y conté en alguno de los periódicos bilbaínos, en aquellos felices tiempos en que podia uno suscribir en ellos un artículo literario sin temor de que se le afiliára tontamente en determinado partido político, como despues dieron en hacer ciertos caballeros particulares, áun sin aquel pretexto. La sumarisima historia de aquellas ruinas es ésta: En el siglo xvi era dueño un matrimonio sin hijos de una excelente casa con huerta, heredades y viñas en Aurrecoechea, y en su testamento legó estos bienes á los franciscanos menores, para que fundasen allí convento y atendiesen al bien espiritual de los moradores de la república. Las comunidades religiosas de Bilbao y sus cercanías se opusieron á esta fundacion, por la razon consabida de «éramos pocos y parió mi abuela.» La oposicion duró un siglo, en cuyo tiempo los capuchinos lucharon como leones

con sus adversarios, pero con poco fruto hasta que tomando el negocio por su cuenta un piadoso, docto y travieso religioso llamado el padre Tolosa, le puso en estado algo satisfactorio. Una mañanita, al rayar el alba, sonó una campanita en Aurrecoechea, como llamando á misa. Los deustuanos empezaron á hacerse cruces al oirla, y subiendo á Aurrecoechea á ver qué era aquello, se encontraron con que el padre Tolosa de la noche para la mañana habia arreglado en la casa una capilla con su campana y todo, y él y otros cuatro capuchinos se habian instalado allí en forma de comunidad. Como dicen que al que madruga Dios le ayuda, Dios ayudó al padre Tolosa que habia madrugado, y ya no hubo Dios que sacase de allí ni á él ni á sus compañeros, que fueron multiplicándose y convirtiendo la casería en un verdadero convento, con hermosa iglesia, á cuya torre era delicia subir por las encantadoras vistas que tenía. La comunidad siguió prosperando, contribuyendo no poco á ello las limosnas que le dejaban los bilbaínos, que como en romería perpétua iban á Capuchinos á almorzar ó merendar unas tortillas, para cuya preparacion Dios habia dado gracia especial al cocinero del convento. Una de las buenas obras que los capuchinos emprendieron y llevaron felizmente á cabo fué una gran escalinata para subir desde San Pedro á Aurrecoechea, escalinata que amenizaban en cada *torno* cómodos asientos entoldados de fresco y aromático follaje, á cuya sombra siempre se encontraba en el buen tiempo á los padres capuchinos leyendo, rezando ó conversando, honestamente por supuesto, con los devotos ó devotas

que iban á visitarlos. La piadosa peregrinacion era tal, que los frailes de San Mamés, que tenían su convento frente de Aurrecoechea, al otro lado del Ibaizabal, á pesar de su mucha santidad, más de una vez fueron vencidos por el enemigo malo, que se desvivía por introducir en su alma la envidia, y exclamaron mirando airadamente hácia San Pedro de Deusto: — «¡Jesus, qué diablo de escalera! ¡Siempre está negra de gente que baja ó sube, como la del infierno de gente que baja!» Vino la guerra civil de los siete años, y ocupado el convento por tirios ó troyanos, los capuchinos consintieron vivir en los camarotes ántes de abandonar lo que tanto les habia costado. Aun de allí los echaron, y todo concluyó prendiendo fuego los carlistas al convento y la iglesia, para que los isabelinos no volvieran á fortificarse allí.

Contándome Francisco (que tenía, cuando ménos, nociones de todo) esta curiosa historia, subimos las ya tristes y abandonadas escaleras de Capuchinos.

XXIV.

MARI-ROSA.

Cuando subimos á la planicie, nos detuvimos á contemplar la llanura de Deusto, que aunque no grande, es preciosa en todos conceptos. Hace poco más de dos siglos aquella llanura era infructífera y aún malsana junquera adonde penetraban las aguas del mar, particularmente en las mareas vivas. Con la construccion de